

## Prólogo

Dice Aristóteles, y dice bien, que los hombres comienzan siempre a filosofar movidos por *la admiración* (*Metafísica*, 982, b12). Este es el origen de nuestro natural deseo de saber: al principio, admirados ante los fenómenos sorprendentes más comunes, nos preguntamos por ellos; pero después nuestra razón, avanzando poco a poco, va planteándose problemas mayores, como son el origen y fundamento del universo y de la vida que hay en él. Pues como dijo Kant, ya en el comienzo del *Prólogo* a la primera edición de la *Crítica de la razón pura*, la razón humana tiene el destino singular de hallarse acosada por cuestiones que no puede rechazar, por ser planteadas por la misma naturaleza de la razón, pero a las que tampoco puede responder, por sobrepasar todas sus facultades. Así es. Por eso precisamente aquel que admirado se plantea un grave problema, reconoce así su ignorancia, experimenta el famoso «*solo sé que nada sé*» que Sócrates contestó oportunamente a Querofonte, y con ello la admiración y el ansia de saber aumentan. Este es el motivo por el que filósofos de todos los tiempos y lugares se han hecho y siguen haciéndose, en voz alta, las preguntas radicales que todo hombre se hace en su fuero interno, acerca de sí mismo y de lo que le rodea: *¿qué soy yo?, ¿qué son las cosas?, ¿cuál es el fundamento de lo que existe?, ¿qué puedo saber acerca de la cuestión de dios?, ¿hay Dios?*

De este tema trata el libro que aquí se prologa: del «*fundamento de todas las cosas*», aquel fundamento de donde todo sale y adonde todo va que da razón de ser a todo lo demás, aquello que los primeros que filosofaron, ya a partir de Tales de Mileto, llamaron «*arjé*» (ἀρχή) o primer principio, y que hoy podemos denominar con propiedad «*dios*», escrito así, con minúscula. Pues en este sentido amplio «*dios*» es aquello que se considera como *lo primordial*,

como fundamento de la realidad, sea lo que fuere (la Razón, la Materia, Dios...). Mientras que en otro sentido más estricto «Dios» (en este caso escrito con mayúscula) es un tipo específico de «arjé», concretamente un *Espíritu superior* y primordial que trasciende al mundo y al hombre, al que solemos llamar precisamente de esta manera: Dios. Lo que aquí se intenta hacer es *buscar el verdadero «dios»*, con minúscula, quiero decir «ἀρχή» (*arjé*), *primer principio, primera verdad que es fundamento y criterio seguro de todas las demás*. Es lo que han buscado todos los pensadores, incluidos los escépticos, por eso filosofía en sentido propio es *ciencia del arjé o verdad primordial*, y en cierta manera todo filósofo es un principiante, ya que se ocupa del principio mismo de lo que existe.

Y se hace *dialogando* abiertamente y con respeto a todas las opiniones, al modo de Cicerón, de Minucio Félix y de Hume. Cicerón, siguiendo a Crisipo, escribió un diálogo que tituló *De natura deorum* (*De la naturaleza de los dioses*), en el que intervenían un epicúreo (Veleyo), un estoico (Balbo) y un académico escéptico (Cota), cada uno de los cuales exponía su propia idea de dios, su teología. Minucio Félix, apologista cristiano del segundo siglo, hizo lo mismo en su *Octavius*, donde Cecilio explicaba su *arjé*, que era la Naturaleza material, mientras que Octavio defendía el suyo, Dios, la Razón divina, y el debate era moderado por el propio autor Minucio. Y en esta línea Hume escribió unos *Dialogues concerning natural religion* (*Diálogos sobre la religión natural*), en los que hizo que conversaran un cristiano, Demea, un filósofo deísta, el agudo Cleantes, y un escéptico que pensaba como él, como Hume, Filón, defendiendo cada uno su dios, su *arjé*. Pues bien, en los diálogos que siguen también se examinan diferentes puntos de vista acerca de cuál es el primer principio o *arjé*, dios con minúscula, y del edificio de la verdad basado en él, y además se razona por qué el autor opina que lo más racional y humano es la fe en Dios.

Acabo de indicar que el libro que se prologa es un diálogo, y eso también merece una explicación. El *diálogo* es una forma literaria que permite tratar asuntos complicados de forma relajada y amena. Conversando es posible el contraste de opiniones y el examen de los argumentos de cada una de ellas, dando así al lector la oportunidad de decantarse por la que prefiera, o incluso de aportar la suya propia. De esta manera el diálogo satisface nuestra admiración y nuestro natural deseo de saber en mayor medida que un discurso o un tratado, pues en él participan varios interlocutores con puntos de

vista diferentes. Al leerlo el lector puede imaginar que está en compañía de varios amigos, cada uno con su cultura, con su educación, sus gustos y sus opiniones; y puede en cierto modo, si quiere, meterse en la conversación, aceptando lo que dice uno, rechazando lo de otro y, en definitiva, confirmando o modificando su propia manera de pensar. Borrada la imagen de autor y de lector, los razonamientos surgen casi espontáneamente; ese es el motivo por el que Platón, Cicerón, Séneca, Galileo, Descartes, Berkeley, Hume, Leibniz y tantos y tantos pensadores nos han transmitido en gran medida sus enseñanzas en forma de diálogo, sin duda porque pensaban que es un recurso literario que combina la sencillez y la naturalidad de la exposición con la transparencia y la franqueza con que se manifiestan las opiniones de cada uno de los que intervienen en el coloquio.

Estas son las razones que me han movido a escribir en forma dialogada, por eso en este libro *converso directamente con grandes filósofos y pensadores* que han creído en *distintos arjés*, fundamentando así diferentes edificios de la verdad y trazándonos el camino. Hablo concretamente con *Descartes*, con *Feuerbach*, con *Marx*, con *Nietzsche* y con *Ratzinger*, hoy Benedicto XVI; si bien en este caso, el de Ratzinger, sus intervenciones se hacen a través de un interlocutor llamado *Octavio*, el cual representa a un *filósofo cristiano* que conoce a fondo su pensamiento (este nombre evoca el *Octavio* del diálogo escrito por Minucio Félix a que acabo de hacer referencia). Quiero destacar ahora que *cuando estos cinco filósofos intervienen en mis diálogos, dicen exactamente lo que ya dijeron y escribieron*. Quiero decir que *sus intervenciones están sacadas de sus obras literalmente*, todas y cada una de ellas, y que reflejan su propia y genuina manera de pensar, no la mía. Hay en efecto una forma desleal y falaz de escribir diálogos, que se usa cuando se intenta derribar al adversario y triunfar sobre él con poco esfuerzo: se hacen las citas que a uno le conviene, se le hace parecer desde el comienzo como un compendio de errores y contradicciones, y así se le vence fácilmente. En el libro que ahora se introduce no sucede tal cosa. En él se dialoga *de forma leal*, o al menos eso se pretende, procurando que cada cual exprese con plena libertad *todas* sus opiniones, sin deformarlas, sin citas o frases que, sacadas de contexto, tergiversen lo que realmente quiso decir, y teniendo en cuenta que la mayoría de los pensadores evolucionan, e incluso a veces cambian radicalmente su manera de ver las cosas. Sobre esta base, en cada una de las intervenciones de

los filósofos que conversan se hace a pie de página una *cita textual*, en la que *se indica el libro o lugar donde ha dicho exactamente lo que allí se recoge de nuevo*. De esta forma en los diálogos oiremos las propias opiniones de cada pensador *con todo respeto*, desde luego con el mismo (o mayor, si ello fuera posible) que se tiene al leer sus citas textuales en un tratado filosófico o en un ensayo, como normalmente se hace. He incluido también al final del libro unos *Catálogos* de las obras utilizadas para las intervenciones de cada uno de los filósofos referidos, pues siempre he acudido directamente a lo que ellos escribieron. Si bien en el caso de Marx he reseñado también las obras de Engels, ya que con frecuencia escribieron obras conjuntamente (a veces no está claro lo que es de cada uno), y además Engels rescribió textos de Marx.

El diálogo filosófico responde a un modo de pensar esencialmente no dogmático, pero no es acrítico. Se trata de conversar contrastando opiniones diferentes, es cierto, pero yo, como autor de los diálogos, *también aporto las mías, mis propias opiniones*. Ni puedo ni quiero renunciar a ellas, de manera que cuando me parece oportuno replico a mis interlocutores, anteponiendo el amor a la verdad a la admiración incondicional a los grandes hombres. Para *mis intervenciones* he utilizado como *seudónimo* el nombre de *Justino*. Bajo este nombre hablo yo, *el autor*, de manera que se trata de un personaje que *refleja exactamente mi manera de pensar*. He elegido tal seudónimo en recuerdo de un gran filósofo del siglo segundo, *Justino*, nacido en Flavia Neápolis (Palestina), de origen romano, según parece, si bien escribió en lengua griega. Fue un infatigable *buscador de la verdad*, hasta el punto de que identificó filósofo con *amador de la verdad* («*manda la razón* —escribió en Apología I.2—, *que desechando las opiniones de los antiguos, si no son buenas, los que son de verdad filósofos sólo estimen y amen la verdad*»), al que además le gustaba escribir *diálogos*, como aquel *Diálogo con Trifón*, en el que afirmó que (2,1) *la filosofía es el mayor y el más precioso de los bienes, pues es lo que nos conduce a Dios y nos une a Él*. Formado en la cultura griega, recorrió casi todas las escuelas filosóficas de su época (estoica, peripatética, pitagórica, platónica), y terminó abriendo la suya propia como *filósofo cristiano* en Roma (el *Didascaleo*), donde tras una discusión con el filósofo cínico Crescente fue acusado de impiedad por negar los dioses paganos del imperio e introducir un nuevo Dios, al igual que Sócrates. Y finalmente —también como Sócrates—, fue condenado a muerte por un estoico profesor de Marco Aurelio, un tal Junio Rústico.

En los diálogos intervienen también Poliandro y Postmoderno. *Poliandro* representa al *típico hombre corriente*, como hay tantos, por eso se llama así, *Poli-andros*, queriendo resaltar que hay muchos como él. Es un hombre sencillo, sincero, y de pocos estudios, aunque ingenio natural no le falta. Reconozco que la idea de introducir este personaje la tomé de Descartes, quien en su diálogo titulado *La búsqueda de la verdad por la luz natural* hizo intervenir a un hombre sencillo y sin estudios al que llamó así, *Poliandro* (alguien lo ha identificado con un tal Desbarreux). Leibniz también lo introdujo al final de su *Diálogo entre un político y un sacerdote*, identificándolo aquí con un político sagaz, aunque finalmente cambió su nombre. En mis diálogos *Poliandro* no es político. Es, como digo, una persona de hoy, sencilla y sin prejuicios —aunque lógicamente influenciada por las ideas postmodernas, materialistas y nihilistas que continuamente se le transmiten—, que sin embargo, acaso gracias a una franqueza que le hace sentirse internamente libre, consigue acercarse a la verdad más que algunos grandes ingenios que presumen de ser unos salomones, a modo de oráculos de todo progreso, y que sin embargo están atados a los prejuicios de sus razones engañosas, e incluso se permiten llamar ingenuo a todo aquel que no opina como ellos.

*Postmoderno*, por su parte, representa a un amigo mío que es culto, juicioso y, como su propio nombre indica, de ideas más bien postmodernas, un *nihilista* convencido. Es un gran lector de Lyotard, de Cioran y de Vattimo, pero sobre todo de Nietzsche, ya que aunque en otras épocas estuvo influenciado por la hermenéutica, por el estructuralismo y por el existencialismo, finalmente le cautivó la pulverización que Nietzsche hizo del antiguo edificio de verdades racionales y su anuncio de la muerte de Dios. La nueva verdad firme y segura de Postmoderno es el *nihilismo*, un nihilismo que pone en tela de juicio la epistemología modernista basada en la distinción entre verdad y falsedad y entre bien y mal. Su relativismo antropocéntrico sin límites, lleva a Postmoderno a un antitrascendentalismo radical (negador de la metafísica), y a una tolerancia universal que intenta comprender la paradoja del futuro (*post*) de lo anterior (*modernidad*): es decir, de la *postmodernidad*. De ahí que mi amigo asegure que las ideas sobre verdad y falsedad y sobre bien y mal dependen de la moda, de las costumbres y, en definitiva, de lo que en cada momento acepta la mayoría.

Postmoderno plantea a Justino el *problema de dios*, de la verdad, del *arjé*. Y éste, Justino, con la intención de ayudarle, *escribe unos*

*diálogos* que titula *La Cuestión de Dios*, en los que habla con filósofos que han investigado tal asunto. Después Justino lee en alta voz a Postmoderno los diálogos que acaba de escribir. Por eso el libro se abre con el planteamiento de la cuestión de dios o problema de la verdad por parte de Postmoderno (capítulo I), y se compone de seis diálogos centrales (aquellos escritos por Justino, en los que éste habla con los filósofos y con Poliandro): el capítulo II, en el que se trata con Descartes de aquello que se busca, es decir, del «*arjé*» o fundamento ontológico de todas las cosas; el capítulo IV, donde Descartes defiende «*la razón humana*» como dios, como *arjé*; el capítulo VI, dedicado al edificio de la verdad materialista fundamentado en *lo sensible*, en «*el cuerpo humano*», en el que se conversa con Feuerbach, con Marx y con Nietzsche; y los capítulos VIII, X y XII, en los que Justino, el autor, conversando con Ratzinger en el último de ellos, aboga por un realismo que se basa en considerar que el *arjé* es «*Dios*», Dios con mayúscula, un Espíritu transcendente que da sentido a la realidad del Mundo y del propio Hombre. Entre estos capítulos principales se intercalan breves intermedios, en los que Justino y Postmoderno comentan lo que aquél está leyendo a éste (capítulos III, V, VII, IX y XI). Y el libro se cierra con las conclusiones acerca de la cuestión de dios o problema de la verdad, que naturalmente son las del autor (capítulo XIII).

Hume dijo que el contraste de opiniones es muy entretenido, y si el tema es curioso e interesante el libro nos brinda compañía y aún dos de los mayores placeres de la vida: el trato con los demás y el uso de la inteligencia. Así es. Y eso he pretendido al escribir *La Cuestión de Dios*: introducir al lector, si quiere, en ese *gran diálogo universal que pensadores de todo tiempo y lugar, movidos por su admiración, han tenido y tienen entre sí acerca de las cosas fundamentales de la vida*. Espero haber dado a entender con claridad mi intención en este breve *Prólogo* y, sobre todo, haber iniciado así un diálogo latente con el lector. Al cual deseo que, aun tratándose como se trata de un libro de *filosofía primera* en sentido aristotélico, pues versa sobre la primera causa o principio —o precisamente por ello—, disfrute con su lectura tanto como yo he disfrutado al escribirlo, que ha sido mucho.

Madrid, 24 de enero de 2008  
José Ramón Recuero Astray